

Los riesgos del poder.

Anatomía de la captura política.

1. Introducción: el pacto fáustico del poder.

Hay una imagen que debería acompañar a todo aquel que decide dedicarse a la política: la de un hombre o una mujer que, al aceptar un cargo, firma un contrato invisible con fuerzas que no ve pero están siempre presentes. No es un contrato que se muestre en ningún registro oficial, ni que se rubrique ante notario, aunque es el más vinculante de todos los que existen. Es el pacto que establece que, a cambio de privilegios (dinero, influencia, respeto y un lugar en la historia), el político se compromete a servir a quienes realmente controlan el tablero. No a la ciudadanía, no al bien común, sino a aquellos que han comprendido que el poder no se ejerce en los parlamentos, sino en los despachos donde se toman las decisiones que realmente importan.

Este pacto no se ofrece como una opción, se impone como una condición. Quien llega a una posición de decisión política no tarda en descubrir que el margen de maniobra es mucho menor de lo que imaginaba. Que hay intereses que no se pueden amenazar, decisiones que no se pueden tomar y verdades que no se pueden decir. Y que, si se insiste en hacerlo, los riesgos se materializan.

Este ensayo es un intento de desentrañar esa realidad oculta: los mecanismos que las élites utilizan para capturar la voluntad de los políticos, las herramientas que emplean para asegurarse de que las decisiones se tomen en su favor y los riesgos que asumen quienes se atreven a desafiar el sistema. No es una teoría de la conspiración, sino una descripción de un sistema que opera a la vista de todos, pero que rara vez se ve.

La política es un campo de batalla donde se dirimen intereses millonarios, geopolíticos y estratégicos. Los políticos son los actores visibles, aunque los movimientos los deciden otros. Y quienes diseñan las estrategias de captura saben que hay múltiples formas de doblegar la voluntad de un

político: desde la compra directa hasta la invasión de su país. Este ensayo es una taxonomía de esas herramientas.

2. La compra de voluntades: el soborno como primera opción.

El soborno es la forma más antigua y extendida de captura. Es también la más sencilla de entender: ofrecer dinero a cambio de una decisión favorable. Un contrato público, una concesión, una ley que beneficie a un sector. El dinero fluye, la decisión se toma y el sistema sigue funcionando. El soborno directo ha sido la herramienta preferida de la corrupción durante siglos y sigue siendo eficaz en muchos contextos.

Pero los corruptores han perfeccionado el arte de la compra de voluntades de maneras más sutiles que no siempre implican un maletín con billetes. La financiación de campañas políticas es un ejemplo paradigmático. Una contribución a un partido o a un candidato no es, estrictamente hablando, un soborno. Es una donación, un gesto de apoyo. Pero crea una deuda de gratitud que rara vez se olvida. El político que ha recibido financiación para su campaña sabe que, si llega al poder, deberá devolver el favor. Y el donante sabe que ha comprado un acceso privilegiado, una influencia que otros no tienen.

Las promesas de prebendas futuras son otra forma de compra de voluntades. Un cargo en una empresa, un contrato después del mandato, una posición en un consejo de administración. La llamada "puerta giratoria" es una de las prácticas más extendidas en las democracias occidentales. Un político que ha servido a los intereses de una gran corporación durante su mandato esperará una recompensa cuando deje el cargo. No es un soborno directo, sino un incentivo que condiciona sus decisiones.

Uno de los mecanismos más difícil de combatir, el más sutil y efectivo, es el que opera a través de los hijos o hijas del político. El corruptor ofrece un puesto, una beca o un contrato. El político no recibe dinero, pero su familia obtiene un beneficio que él no podría haberle dado. La deuda de gratitud es inmensa y se cobra cuando se necesita.

¿Cómo puede un político resistirse a quien ha ayudado a su hijo? ¿Cómo puede negar un favor a quien ha resuelto un problema familiar? El instinto paternal es más fuerte que cualquier código ético. Por eso los corruptores han aprendido a utilizar esa vía. No es un soborno en el sentido clásico, es una forma de comprar voluntades que apela a la lealtad y a la gratitud, y que deja al político en una posición de debilidad moral.

Esta es la paradoja del político corrupto. No siempre es consciente de que está siendo comprado. Puede creer que está tomando decisiones libres y está actuando por convicción. Pero hay una voz interior que le recuerda que debe algo a alguien y esa voz condiciona sus decisiones. La corrupción no siempre entra por la puerta del despacho, a veces cruza la puerta de casa disfrazada de oportunidad para un ser querido.

3. El chantaje: la información como arma.

Cuando la compra de voluntades no funciona o no es suficiente, el chantaje se convierte en la siguiente herramienta. La información comprometedora se convierte en moneda de cambio. El chantaje es una forma de captura que no requiere dinero, solo información. Y en la era de la vigilancia masiva y las redes de compromiso, la información nunca ha sido tan fácil de obtener.

El chantaje sexual es la forma más antigua de esta práctica. El caso de Jeffrey Epstein es el paradigma de una red diseñada para comprometer a figuras poderosas de la política, las finanzas, la realeza e incluso de la ciencia y la cultura. Epstein no era un simple delincuente sexual, era un operador que construyó un archivo de material comprometedor para figuras de todo el mundo. Ese material no era un fin en sí mismo, sino un instrumento de captura. Quien había participado en sus redes quedaba atado a una deuda de silencio que podía ser exigida en cualquier momento.

La conexión de Epstein con servicios de inteligencia transforma este caso en el paradigma de cómo el chantaje, cuando se lleva a su extremo, se convierte en una herramienta de control geopolítico. No se trataba de un simple delincuente, sino de una pieza en un tablero mucho más grande.

La red de Epstein demostró que el chantaje no necesita ser explícito, basta con que la persona sepa que su secreto está en manos de quien puede usarlo.

El chantaje financiero es otra forma de esta práctica. Información sobre cuentas opacas, evasión fiscal o negocios ilegales puede ser utilizada para presionar a un político. Unas cuentas en un paraíso fiscal, unas transferencias no declaradas, unos ingresos no justificados. El político que ha cometido irregularidades financieras queda expuesto a la voluntad de quien tenga esa información. No es necesario amenazar explícitamente, basta con que el político sepa que esa información existe y que puede salir a la luz.

El chantaje afectivo es quizás la forma más cruel de esta práctica. Amenazar a los familiares o seres queridos de un político es una forma de presión que rara vez falla. Un hijo secuestrado, una hija amenazada o un cónyuge expuesto. El político que ama a su familia hará cualquier cosa por protegerla. Y los corruptores lo saben.

La creación de archivos de compromiso es una práctica que va más allá del chantaje individual. Se trata de acumular información sobre políticos, periodistas, jueces y líderes de opinión para tener una "póliza de seguro" que pueda ser activada cuando sea preciso. Quien tiene un archivo de compromiso tiene un poder inmenso. Puede silenciar a un crítico, puede doblegar a un adversario o puede condicionar a un aliado. El chantaje no es un recurso excepcional, es una práctica sistémica que opera en los márgenes del poder.

4. El espionaje: la vigilancia como herramienta de control.

El espionaje no es solo una herramienta de inteligencia, es un mecanismo de control. Saber que se está siendo vigilado condiciona el comportamiento. El político consciente de que sus comunicaciones pueden ser interceptadas, sus reuniones grabadas y sus movimientos seguidos, modifica su conducta y no toma decisiones libres.

El caso de Pegasus es el ejemplo más reciente de esta práctica. El software espía desarrollado por la empresa israelí NSO Group ha sido utilizado para espiar a políticos, periodistas y activistas en todo el mundo. En España, se ha documentado el espionaje a líderes independentistas catalanes o los teléfonos del presidente del Gobierno y la ministra de Defensa. El espionaje no solo sirve para obtener información, sirve para crear una atmósfera de vulnerabilidad, donde cualquier político sabe que puede estar siendo vigilado.

Pero el espionaje no es solo una práctica encubierta, también es una forma de presión política. La filtración selectiva de información obtenida a través de técnicas de espionaje puede utilizarse para desacreditar a un político, minar su credibilidad o destruir su carrera. Una conversación grabada, un correo electrónico interceptado o una reunión documentada. La información se convierte en un arma que puede ser utilizada en el momento más inoportuno.

El control de las comunicaciones es una práctica generalizada. Saber lo que el político dice en privado permite usarlo en su contra. Las reuniones secretas, los acuerdos informales o las promesas hechas en confianza. Todo puede ser grabado y utilizado como prueba de un compromiso que el político preferiría mantener oculto.

La creación de una atmósfera de vulnerabilidad es quizás el efecto más perverso del espionaje. El político que sabe que puede ser espiado en cualquier momento se autocensura. No dice lo que piensa, no toma decisiones audaces ni se arriesga. Se convierte en un actor cauteloso, predecible y controlable. El espionaje no solo sirve para obtener información, también sirve para domesticar la voluntad.

5. La amenaza y la coacción: la violencia como herramienta.

Cuando el chantaje y el espionaje no son suficientes, la amenaza y la coacción se convierten en opciones. La violencia, directa o indirecta, es una herramienta que el poder no duda en utilizar cuando los mecanismos más sutiles fallan.

Las amenazas directas son la forma más explícita de coacción. Amenazar la integridad física de un político, su carrera o su reputación. Una amenaza puede ser suficiente para que el político cambie su conducta. El miedo es una emoción poderosa y los corruptores saben cómo utilizarla.

La presión institucional es otra forma de coacción. Utilizar el aparato del Estado (judicial, fiscal y policial) para perseguir a un político que se resiste. Una investigación judicial, una inspección fiscal o una denuncia pública. El político que se opone a los intereses del poder puede verse envuelto de repente en una madeja de procedimientos legales que minan su credibilidad y su capacidad de actuar.

El asesinato político es la herramienta más extrema, pero también la más definitiva. Cuando la captura no es posible, la eliminación se convierte en una opción. La historia está llena de políticos que pagaron con su vida haber desafiado los intereses del poder. Los asesinatos políticos no son un fenómeno del pasado; siguen ocurriendo en todo el mundo, en democracias y en dictaduras, con métodos que van desde el sicariato hasta el atentado con bomba.

El asesinato político tiene un efecto disuasorio que va más allá de la víctima. Cada político asesinado es una advertencia para los demás. Es un recordatorio de que el poder no perdona la deslealtad. Y esa advertencia tiene un efecto profundo en la conducta de quienes observan.

6. La invasión: el mecanismo de control último.

Cuando el soborno, la amenaza y el asesinato no funcionan, siempre queda la invasión. No es un acto de guerra, es la constatación de que, para el poder imperial, la política es solo el arte de la paciencia antes de la violencia. Cuando un líder se niega a ser capturado por los mecanismos habituales, el poder puede decidir que la única forma de controlarlo es destruir su país.

El ejemplo de Irak es el más paradigmático. Saddam Hussein había sido agente de la CIA, un dictador útil para Estados Unidos que, durante años, sirvió a sus intereses. Pero cuando empezó a dudar del dólar como

moneda de transacción del petróleo que producía y a buscar alternativas para su comercio, se convirtió en un riesgo y entonces pasó a ser "el enemigo". Los intentos de asesinato fallaron porque él conocía los métodos de la CIA, pero no pudo evitar la invasión de su país. La invasión no fue un castigo por sus crímenes, sino el mecanismo de control último.

La invasión de Irak es un ejemplo extremo, pero no el único. Estados Unidos ha practicado la invasión como herramienta de control geopolítico de forma recurrente: Panamá, Granada o Vietnam. En todos estos casos, el patrón fue similar: un líder que deja de ser útil, una amenaza que se percibe como excesiva, una invasión que se presenta como una intervención humanitaria o una guerra preventiva. La retórica cambia, pero la lógica es la misma: cuando el poder no puede controlar a un líder, controla su país.

7. España: el laboratorio de los riesgos.

España no es una excepción en este panorama. Los mecanismos de captura que hemos descrito se han manifestado de forma recurrente en el país, aunque a menudo con características menos espectaculares que los casos internacionales presentados.

El caso Gürtel es el ejemplo más conocido de la compra de voluntades en España. Una trama de financiación ilegal y comisiones a cambio de adjudicaciones públicas salpicó al Partido Popular durante más de una década. El caso demostró que la corrupción no es un fenómeno aislado, sino un sistema que opera en las estructuras del poder político.

El caso Koldo es un ejemplo más reciente. Una presunta trama de sobornos ha implicado a un exministro socialista, revelando cómo las mordidas pueden llegar a los niveles más altos del partido. El caso ha puesto de manifiesto que la corrupción no es un problema de un partido u otro, sino que se trata de problema sistémico.

El caso de los ERE en Andalucía es otro ejemplo emblemático. Un escándalo de financiación irregular y despilfarro que ha dejado una factura millonaria y múltiples condenas. El caso demostró que la corrupción puede

operar en los niveles más altos de la administración, con la complicidad de los partidos políticos y los sindicatos.

El espionaje con Pegasus en España ha sido otro ejemplo de los riesgos del poder. Se ha documentado el espionaje a líderes independentistas catalanes, a los teléfonos del presidente del Gobierno y la ministra de Defensa.

El transfuguismo es una práctica que en España se ha convertido en una forma de compra de voluntades. Los políticos que cambian de partido a cambio de prebendas personales, cargos o promesas de poder son una manifestación de cómo la lealtad al poder económico supera la lealtad al partido o a la ideología.

8. Los riesgos como el precio de los privilegios.

Ser político es un oficio de riesgo. No solo por la responsabilidad de gobernar, sino por el pacto que se firma al aceptar el cargo.

El político que se resiste a la compra de su voluntad puede ser chantajeado. El que no se doblega al chantaje puede ser espiado. El que desafía al poder puede ser amenazado. El que persiste puede ser asesinado. Y cuando el asesinato no es posible, su país puede ser invadido.

La democracia representativa se convierte así en una ficción que legitima decisiones que, en realidad, son tomadas por otros. Los políticos no son dueños de su voluntad, están atrapados en un sistema de captura que los convierte en rehenes de quienes tienen el poder real, en los actores que representan el teatro de la democracia.

Los riesgos que asume el político corrupto, entendiendo como "corrupto" aquel que está atrapado en el sistema de captura, no son solo personales. Son riesgos que afectan a la calidad de la democracia, a la integridad de las instituciones y a la confianza de la ciudadanía. Cuando los políticos son rehenes de intereses que no son los de la ciudadanía, la democracia se convierte en un simulacro que queda al descubierto.

La única defensa posible es una ciudadanía vigilante. Una ciudadanía que sepa cómo funciona el juego, que exija transparencia, que controle a los representantes, que no se deje engañar por las apariencias. Y también una ciudadanía que sepa que, cuando el juego se vuelve demasiado peligroso, el poder no duda en usar la fuerza bruta.

El precio de la lealtad es alto. El político que acepta el pacto fáustico del poder recibe privilegios, pero asume riesgos que pueden acabar con su libertad, su vida o la integridad de su país. El político que rechaza el pacto, que se mantiene fiel a la ciudadanía y no a los amos invisibles, también asume riesgos. Pero esos riesgos son los de la dignidad. Y quizás, al final, esa sea la única lealtad que merece la pena.